

HÉCTOR CASTIÑEIRA

NOSOTRAS, ENFERMERAS

Historias de unos días que
nos cambiaron para siempre

PLAZA  JANÉS

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
1. Enero. Cuando nos creíamos invulnerables	13
2. Febrero. Negar lo evidente	35
3. Marzo. Primeras semanas de un mes que lo cambió todo.	49
4. Marzo. Estado de alarma	75
5. Marzo. Enfermería de guerra	97
6. Marzo. Palacio de Hielo	121
7. Abril. El pico	133
8. Abril. Rata apestosa	161
9. Mayo. Nueva normalidad	169

INTRODUCCIÓN

El primer día que tuve que atender a un paciente con la COVID-19 fue el 5 de marzo de 2020. Creo que será una de esas fechas que no olvidaré en la vida. Hasta ese momento, hasta el mismísimo instante en que tienes frente a ti a una persona contagiada y con el virus haciendo estragos en su cuerpo, tanto mis compañeros como yo seguíamos pensando que no nos tocaría.

Supongo que, como mecanismo de defensa, se tiende a negar la realidad mientras no se halla a dos metros de distancia y con un informe de laboratorio con la palabra POSITIVO escrita en mayúsculas. A pesar de todo, y aunque los casos en Italia se contaban ya por miles, continuábamos aferrándonos al hecho de que ese día en nuestro país los confirmados apenas superaban los doscientos y en las plantas de mi hospital los casos no llegaban ni a media docena. No podía-

mos ni imaginar que en nuestra unidad acabaríamos ingresando a más de trescientas personas en solo ocho semanas. Que en toda España habría más de doscientos cincuenta mil casos confirmados, que en tres meses cincuenta mil compañeros se contagiarían o que nos dejarían para siempre más de veintiocho mil personas según los datos oficiales (a los que seguramente habría que sumar unas dieciocho mil muertes registradas en residencias de ancianos y domicilios, tal como han informado las comunidades autónomas).

Este libro pretende ser un testimonio de cómo las enfermeras vivimos los días en que un virus apagó al mundo durante la primavera de 2020 y sumió a España en la peor pandemia del siglo XXI. Desde dentro y en primera línea de batalla contra el coronavirus. Un relato realista para que, con el transcurso del tiempo, todas las historias vividas a lo largo de esas semanas no se pierdan en el olvido, se reescriban o desdibujen. Y para que, quienes no lo han experimentado tan de cerca, sean un poco más conscientes de lo que pasó realmente.

Una pandemia que nadie vio venir y que, aún hoy, nadie sabe a ciencia cierta cómo combatir.

1

ENERO

Cuando nos creíamos invulnerables

Las calles olían al azúcar quemado de las almendras garrapiñadas y a castañas asadas. También a canela y a jengibre. Mi madre, como siempre, decía que olía a frío. Es algo que jamás he logrado entender, pero para ella el invierno siempre trae ese olor que yo nunca he sido capaz de identificar. Aunque no lo reconozca, creo que se trata de algo más metafórico que real.

Las luces de Navidad decoraban las principales calles y avenidas, y miles de personas abarrotaban desde los grandes centros comerciales de las afueras hasta las pequeñas tiendas del centro de las ciudades. Todos se habían lanzado a la búsqueda de ese regalo de última hora que siempre nos olvidamos de comprar.

Los niños apuraban sus últimos días de vacaciones mientras fantaseaban con la llegada de sus majestades los Reyes Magos de Oriente,

y se agolpaban en las aceras ataviados con guantes, gorro y bufanda en esa eterna espera que supone el ansiado inicio de la cabalgata. Corrían, saltaban y chillaban dejándose llevar por la excitación del momento al tiempo que trataban de coger alguno de los caramelos que los pajes y sus mismísimas majestades les lanzaban desde las carrozas. Ya se sabe que los caramelos de los Reyes siempre saben mejor.

Mientras todo esto sucedía yo, cómo no, estaba de turno en el hospital. En esa segunda casa que ya casi es la primera por las horas que paso allí dentro... Cualquier día me empadrono. A esas horas, y siendo la víspera del día de Reyes, estaba terminando de repartir la medicación de la cena con una corona de cartón sobre la cabeza con la que conseguir arrancar una sonrisa a mis pacientes.

—Señora Marisa, a ver, ¿ha escrito la carta a los Reyes o no? ¡Que llegan hoy!

—Ay, bonita. Yo soy muy mayor ya para esas cosas —respondió mientras me acariciaba el antebrazo.

—Bueno, pero algo querrá pedir, ¿no? Aproveche, mujer, que es gratis.